

# Uno Más



Por Enrique Amorim

**M**ISTER Ford no podía escapar a la regla. La ambición y el amor al poderío pierden a la mayoría de las empresas. Cuando a Ford, dueño y señor de una gran fábrica de autos móviles, perfectamente apropiados para el mundo, se le ocurrió cruzar el Atlántico y emprender una misión pacifista, nos dimos cuenta de que era un bobo más. Ese fue el índice de su talento en falla.

Comenzó a ratear, como cualquiera de sus motores. Pero esto no sería nada comparando con su ilógico deseo de transformar aquel magnífico sulky, con pedales y dos velocidades tan solo, en una máquina importante. De pronto, al sentirse triunfador con su pequeña máquina, Ford creyó que era la hora de fabricar un verdadero automóvil y allí comenzó su fracaso, que culmina con el cierre de sus fábricas. El tipo ideal que él había creado era el precursor de es-

ta época mecánica. No se necesita más que un Ford como aquel que fabricaba antes. Pero, para desgracia suya, en su natural ambición, mató la carrindanga perfecta, aquel sulky utilísimo, para darnos un verdadero coche, con toda su importancia. De éste de hoy, como de todos los vehículos de ese tamaño, se puede prescindir. Pero de aquél, del "forcheia" de antes, no se puede prescindir porque esa sí es la cosa útil. La velocidad, quérase o no, es un lujo. Es una compadrada hermosa andar a 120 kilómetros por hora. Todavía no hay caminos para ello y bien está que la máquina de ensayos de carreras ande a 280. La corriente, no necesita andar a más de ochenta. Y eso era la que se conseguía con el vehículo de la primera época de Ford. Ahora las cosas han cambiado.

Mister Ford, es uno más. Caer por ambición. De manera

que aquella terquedad suya, de construir un coche perfectamente razonado y lógico, era una mera casualidad. Y tiene alguna relación este caso de Ford con la extraordinaria técnica cinematográfica creada por los yanquis en el cine mudo y muerta por ellos con el cine parlante, que es teatro y ya no es cine. Ellos mismos se encargaron de matarla, de hacer agonizar aquella manera de ver el mundo, con las elipses maravillosas de que sólo la técnica del cine mudo era capaz. Pensamos que dieron en la tecla sin mayores convicciones. Ahora pasa con el mecanismo del automóvil barato y apropiado para el mundo corriente la misma cosa. Crearon un vehículo perfecto o allegado a la perfección y se marearon con las posibilidades de uno mayor. Habrá que volver atrás, desgraciadamente. Porque va resultando descabellado eso de que

para llevar un par de hombres al trabajo, a la oficina o, simplemente, a pasear, se necesitan cuarenta caballos de fuerza, seis cilindros y un millar de ruedas y engranajes, con un capot de metro y medio. Dentro de unos años, cuando se haya simplificado ese mecanismo grotesco de los motores de automóviles, nos dará risa ver a un señor muy ufano en su enorme caja rodante, arrastrado por cien caballos, para ir de su casa al escritorio. Todo un mecanismo complicado, cada día más, para conducir a un burócrata puntual. Bien pronto la caricatura se encargará de ridiculizar estas máquinas rodantes, entre las cuales cayó Ford por pura ambición y amor propio. Vislumbró la verdad pero dejó seducir por un falso progreso.

Uno más, pues, que por tentación, por buscar el poderío.